

Reseñas bibliográficas

Diana Cohen Agrest, *Por mano propia. Estudio sobre las prácticas suicidas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, 331 pp. (Filosofía).

La presente obra de Diana Cohen Agrest expresa de manera generosa la síntesis acabada de su profundo análisis sobre la problemática del suicidio; enmarca su trabajo una trayectoria de más de veinte años como docente e investigadora en el Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. La autora ha publicado en los últimos años varias obras que recogen su labor sobre diversos temas de ética y bioética, así como sobre la filosofía de Spinoza. Entre sus libros, *El suicidio: deseo imposible. O la paradoja de la muerte voluntaria en la filosofía de Baruj Spinoza* (2003) constituye un claro antecedente de la obra reseñada y anticipa algunos de los tópicos centrales que en *Por mano propia. Estudio sobre las prácticas suicidas* serán visiblemente ampliados y meticulosamente examinados.

En sus páginas, la autora aborda decididamente el análisis de los arduos debates relacionados con el derecho de autodeterminar la propia existencia. Pero, para todo aquel que adopta una actitud reflexiva, previamente a ese derecho siempre cabe la pregunta: ¿qué sentido tiene la vida? Lo que subyace en todo acto de darse muerte a uno mismo es la respuesta a este interrogante fundamental que, una vez planteado, resulta ineludible, aún a riesgo de que —las palabras de Diana Cohen Agrest son claras al respecto— “la pérdida de dicho sentido puede arrastrar consigo la pérdida de la propia existencia” (p. 15). Desde una óptica alentadora, ante las dificultades para justificar el hecho de seguir viviendo también es pertinente preguntarnos: ¿no es la vida acaso la constante aceptación de un desafío que consiste “en un acto creador de sentido, en un gesto de rebeldía que se encarna en la invención de ese sentido ausente” (p. 16)?

Las complejidades de una indagación sobre el suicidio se corresponden con el hecho de que, en el imaginario social, esta práctica mortal está rodeada de numerosos mitos y de interrogantes sin respuestas. A través del análisis de estadísticas recientes, en la obra reseñada se identifican con precisión varios de estos fantasmas que actualmente deambulan en torno al suicidio. Si a estos datos se suma el aporte de herramientas provenientes de la filología y de la lingüística, el lector reconocerá la antigüedad de esta práctica: aun cuando no estaba instaurado el término de “suicidio”, recién acuñado en la Modernidad, ya había expresiones que designaban eufemísticamente el acto de darse muerte a uno mismo.

Una vez planteado el eje temático de la obra, la autora echa luz sobre este ámbito en un itinerario que nos conduce a través de las principales filosofías del suicidio. En su recorrido, nos ofrece un panorama muy completo de los distintos ámbitos epocales o culturales en los que se solían y todavía se suelen

legitimar o deslegitimar las prácticas suicidas. Tras presentar las razones a favor y en contra esgrimidas en el ámbito religioso, en particular a partir de los relatos bíblicos de suicidios, ingresa en el debate hermenéutico de pasajes de la *Ética nicomáquea* de Aristóteles y de algunos diálogos de Platón, entre otros, *Fedón*, *Leyes* y *República*. La autora analiza con detenimiento estas obras y explicita las concepciones del suicidio que adoptaron sus autores. En el primero de los diálogos platónicos mencionados, por ejemplo, Diana Cohen Agrest nos señala que en el fundador de la Academia se vislumbra una actitud equívoca hacia el suicidio reflejada en el relato de los últimos momentos de Sócrates, “quien parece aceptar regocijado la proximidad de su fin” (p. 85).

Aproximándose a un acontecimiento que ha marcado la historia presente, el atentado terrorista, resulta particularmente esclarecedor el tratamiento del suicida-homicida, en el cual, quien se mata, en el mismo gesto mata a un semejante. No menos interesantes son otros tópicos examinados, como los suicidios en los campos de concentración y la cuestión de la frecuente ausencia de responsabilidad social frente a las prácticas suicidas. Asimismo, la variedad de autores que Diana Cohen Agrest hace dialogar es llamativamente rica y puede resultar de interés a lectores que abrevan en distintas tradiciones filosóficas representadas por pensadores de indiscutida importancia: Hume, Donne, Edwards, Nietzsche, D’Holbach, Kant, Tomás Moro, Séneca y Montaigne, entre otros.

De manera particular, entre las diversas posturas filosóficas examinadas, la autora nos permite apreciar la originalidad del planteamiento spinoziano. Las palabras de una especialista en el pensamiento de Baruj Spinoza, como lo es la autora de *El suicidio: deseo imposible...*, son las más adecuadas para señalar-nos dónde reside concretamente la curiosidad de este autor de la modernidad temprana, quien “no sólo no adhiere a ninguna de las posiciones condenatorias de la muerte voluntaria, sostenidas en nombre de algún tipo de moralidad—ineluctablemente vinculadas a nociones tales como obligaciones, culpas y castigos—, sino que va más allá: niega directamente la posibilidad misma del acto suicida” (p. 121).

Esta multiplicidad de tópicos y autores abordados se expresa a través de enriquecedoras referencias internas articuladas coherentemente a lo largo de la obra. Si bien la variedad de campos disciplinarios investigados impide a la autora realizar un tratamiento más exhaustivo de todos y cada uno de los temas y filósofos examinados, este aspecto no afecta la calidad de un estudio que, al ocuparse de la problemática del suicidio, brinda las herramientas necesarias para investigaciones futuras.

En la historización de las formas de tratar el acto suicida, los diversos enfoques científicos son objeto de un tratamiento especial. En el contexto del nacimiento de la ciencia experimental, y con la consiguiente patologización de la muerte, los actos suicidas fueron objeto de discusión en las voces de distintos representantes que aportaron a la problemática desde perspectivas complementarias.

Una de las posturas discutidas por la autora es la interpretación sociológica de los actos suicidas; la crítica no sólo por ser abstracta, sino también por “constituir una visión reduccionista del fenómeno” (p. 173). En contraste, se plantea el suicidio como una característica indisociable de la condición humana y se expone la postura de los teóricos del suicidio que se centran en la subjetividad como fuente y clave de los actos suicidas.

Cuando la autora se ocupa de cuestiones como las conductas de riesgo y la ayuda terapéutica, otra de las disciplinas que examina es la medicina psiquiátrica, en cuyo marco el suicidio se asocia a trastornos somáticos o psiquiátricos, a la drogadicción y a factores tanto biológicos como genéticos. El lector conocerá un interesante modelo cuya propuesta ofrece un instrumento práctico-conceptual de lectura de aquellos indicios que señalan a un suicida potencial con el objetivo de alertar y, en consecuencia, poder intervenir a tiempo con mecanismos disuasorios. Pese a los méritos de la propuesta, una teoría que implica el socorro al suicida puede ser cuestionada por quienes la consideran, en palabras de la autora, como una “interferencia indebida en la intimidad y en la privacidad de nuestros semejantes” (p. 222).

Esto último plantea uno de los interrogantes que más polémica genera en nuestros días: ¿intervenir o interferir? En cierto modo, nadie puede hacer oídos sordos ante esta indagación, pues todos nos vemos afectados directa o indirectamente por los debates en torno a la intervención en las conductas suicidas y el respeto a la autonomía del paciente. Llegado a este punto en el desarrollo de la obra, el lector se vuelve protagonista y se ve interpelado constantemente por los ejercicios mentales y los ejemplos seleccionados.

Hay dos posturas fundamentales que se disputan si lo mejor es intervenir o si, por el contrario, esa intervención no es más que una interferencia indebida. Por un lado, resulta no poco problemático establecer la legitimidad de la intervención de un profesional, en especial, cuando éste actúa sin respetar los deseos del paciente o de los que lo acompañan. El carácter de tal intervención da lugar a que se la califique de conducta paternalista. Por otro lado, y también con razones dignas de ser consideradas, se puede apelar al respeto de la autonomía del paciente. Éste es, pues, el campo conflictivo donde se desarrolla una lucha entre quienes defienden el mandamiento de Hipócrates hasta sus últimas consecuencias y quienes dejan abierta la posibilidad de cierto derecho a autodeterminar la propia muerte; en particular, cuando el paciente terminal ve su propia vida como una “vida no digna de ser vivida”.

Al procurar hallar no un cierre, sino una posible conclusión a la discusión entre prácticas paternalistas y antipaternalistas, la autora pone el foco de la cuestión sobre dos protagonistas muy importantes en el escenario suicida: el paciente y sus allegados. Los ejemplos claros de casos reales de sufrimiento extremo reavivan aquí la importancia de la figura de un individuo que debe optar entre continuar con una calidad de vida miserable o tomar la decisión crucial de morir antes que seguir viviendo en condiciones tan penosas. En estos casos, la situación conflictiva también es susceptible de distintas resoluciones

según la índole de la incidencia de un tercero, un otro que acompaña o ayuda a morir a quien así lo prefiere.

Tras el examen minucioso de los diversos tópicos desarrollados a lo largo de toda la obra, se muestra que es de vital importancia considerar que en el hecho suicida subyace una elección que ha de ser evaluada. En efecto, hay un desplazamiento de la concepción del suicidio que va desde concebirlo como un crimen o un acto irracional hasta las interpretaciones actuales más laxas. Estas últimas pueden considerarlo como una elección racional, aun cuando haya mayor o menor presencia de trastornos psiquiátricos. En el marco de dicha postura, nos conmueve la historia trágica de Jean Améry, quien indagó radicalmente sobre el suicidio y nos interpeló presentándonos una “lógica de la muerte” como contrapartida de la “lógica de la vida”. La autora nos sorprende trayendo a colación el descarnado y radical pensamiento de Améry en consonancia con el fatal desenlace de su propia vida; apenas transcurridos un par de años de su breve opúsculo sobre la muerte voluntaria, “este filósofo deportado y escapado de un campo de concentración, unido a la resistencia antinazi y vuelto a internar en Auschwitz, levantó la mano sobre sí mismo” (p. 292).

“El rostro de la muerte propia” es el sugerente título del capítulo que constituye el corolario de las distintas etapas por las que ha pasado la interpretación del suicidio, considerado ya como pecado, ya como crimen, ya como enfermedad mental. A modo de conclusión, y en consonancia con todo su esfuerzo por disipar los fantasmas y prejuicios en torno del suicidio, la autora advierte —a mi parecer, de modo muy atinado— que “es tiempo de volver a pensar nuestras actitudes hacia la muerte voluntaria con el propósito de resignificarla” (p. 296). El reconocimiento de que la pregunta por el sentido de la vida y la pregunta por el sentido de la muerte están íntimamente relacionadas es una clave fundamental de la que habrá que servirse siempre que se desee considerar correctamente el problema del suicidio.

Sin abandonar su actitud de profundo respeto y defensa de la dignidad, la autonomía y la libertad humanas, Diana Cohen Agrest nos advierte con prudencia que todos los discursos referidos a las prácticas suicidas deberían ser tomados en cuenta al momento de abordar el problema del suicidio. Desde esa actitud ecléctica y con una mirada interdisciplinaria, destaca la importancia de aprovechar todas las herramientas conceptuales provenientes del discurso científico, psicoanalítico, cultural, filosófico o religioso. La gran riqueza resultante de estos aportes vuelve apreciable la obra en su totalidad.

No es fruto del azar que *Por mano propia. Estudio sobre las prácticas suicidas* finalice con un apéndice dedicado a la problemática de los sobrevivientes. Con profunda sensibilidad, la autora reflexiona sobre la difícil situación en que se encuentran los familiares o personas allegadas a aquel que decidió darse muerte por mano propia. Cabe preguntarse: ¿cómo es el proceso de duelo de quienes sobrellevan el suicidio de alguien muy cercano? Se trata de un camino muy arduo que implica superar el sentimiento de culpa y la actitud de los otros, y que ofrece la posibilidad de buscar ayuda en grupos de encuentro con otros que sufren la misma pena.

El presente estudio tal vez pueda considerarse como el primer intento en habla hispana de adentrarse seriamente en el campo de la reflexión moderna sobre el suicidio. Por tal razón, constituye una investigación que ha debido hacer frente a la escasa bibliografía en castellano sobre la temática. Superado este obstáculo, destacamos la agudeza de este análisis reflejada en la diversidad de enfoques, autores y líneas argumentativas que se ponen en juego al momento de explicitar el significado de una problemática siempre actual y cada vez más compleja.

Hasta hace un tiempo era natural interrogarse sobre la recepción de una obra determinada y no tener una forma sencilla e inmediata de conocerla. En esta época, en cambio, las herramientas de búsqueda de datos provistas por Internet permiten al profesional del ámbito académico obtener rápidamente información sobre cualquier obra de su interés. Por mi parte, al ingresar los datos de la obra reseñada en un buscador, he podido verificar el impacto y la gran aceptación que ha obtenido entre el público hispanoamericano. La aparición de numerosas alusiones a *Por mano propia. Estudio sobre las prácticas suicidas* en diversas notas periodísticas publicadas en páginas *web* y *blogs* confirman que se trata de una obra que ha sido ampliamente aceptada, que ha conmovido a muchas personas y generado polémica en diversos ámbitos de debate.

Para finalizar, cabe acotar que la autora pone a disposición del interesado una extensa bibliografía cuya mayor parte pudo ser recopilada gracias a su asistencia a la biblioteca del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, reconocida en el continente por contar con el mayor número de volúmenes sobre filosofía —entre libros y revistas académicas en diversas lenguas— de Latinoamérica. Considero que esta posibilidad de acceder a las fuentes bibliográficas es un detalle no menor y constituye una razón más para afirmar, sin exageración, que toda investigación posterior referida a la problemática del suicidio no podrá pasar por alto este meticuloso estudio, en cuyas páginas la rigurosidad y la claridad conceptual se combinan armónicamente con un estilo ameno.

SEBASTIÁN AGUSTÍN TORREZ
Instituto de Filosofía
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
sebagustorrez@hotmail.com

Gustavo Ortiz Millán, *La moralidad del aborto*, Siglo XXI, México, 2009, 130 pp.

Gustavo Ortiz Millán, junto con otros filósofos del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, participó activamente en el debate público que se suscitó por la impugnación de constitucionalidad que se hizo en 2007 a la ley de la ciudad de México que despenalizaba el aborto para los tres primeros meses